

ENTREVISTA

José Luis Molinuevo

“El Centro y la Revista fueron concebidos como otra de las empresas intelectuales orteguianas”

Domingo Hernández Sánchez

ORCID: 0000-0002-6893-6097

José Luis Molinuevo, Catedrático de Estética y Teoría de las Artes en la Universidad de Salamanca, fue el primer director del Centro de Estudios Orteguianos y, por tanto, el primer director de la Revista de Estudios Orteguianos. Nombrado a finales de los años noventa del siglo XX, ocuparía el cargo hasta 2001 y definiría la línea que, a partir de ese momento, seguirían el Centro y la Revista. El trayecto que condujo a José Luis Molinuevo hasta ahí era sólido y reconocido, pero, sobre todo, muy adecuado al perfil que la Fundación José Ortega y Gasset buscaba en aquel momento para crear y dirigir el Centro. Si atendemos únicamente a sus trabajos e investigaciones orteguianas, tal adecuación puede entenderse con facilidad observando la rigurosa labor que venía realizando desde años anteriores: El idealismo de Ortega, hoy un clásico en los estudios orteguianos, lo publicó en 1984; entre 1995 y 2000 dirigió dos Proyectos de Investigación fundamentales (Edición crítica de inéditos de José Ortega y Gasset, I y II), hecho que le permitió conocer con minucioso detalle el Archivo de José Ortega y Gasset y publicar ediciones de material inédito que marcarían el modo de edición posterior. Entre ellas, y al margen de algunas Notas de trabajo recogidas para Revista de Occidente, destacarán, sin duda, Notas de trabajo. Epílogo..., de 1995, y Meditación de nuestro tiempo, de 1996, que recogía los cursos que impartió Ortega en 1916 y 1928 en Buenos Aires. Junto a ellas, ediciones particulares –Estudios sobre el amor y la compilación El sentimiento estético de la vida, ambas en 1995– y la coordinación de volúmenes procedentes de congresos y cursos que él mismo había organizado y dirigido –¿Deshumanización del arte?, en 1996, y Ortega y la Argentina, en 1997– extendían y ramificaban el trabajo que venía desarrollando dentro del orteguismo. A todo esto había de añadirse su línea de investigación más propia, que, quizás de modo demasiado atrevido, podría ramificarse en tres direcciones: el análisis de la recepción y las fuentes orteguianas –las tres entregas dedicadas a la relación entre Fichte y Ortega, en 1990, 1994 y 1998, o su “Ortega sin Weimar”, de 1994–; el diálogo con el arte y la literatura –“Literatura y filosofía en Ortega y Gasset”, de 1992, o “La deshumanización del arte en clave de futuro pasado”, de 1995– y el desplazamiento, que ya permitía vislumbrar su producción más reciente, hacia la defensa de un humanismo tecnológico –“Ortega y la posibilidad de un humanismo tecnológico”,

Cómo citar este artículo:

Molinuevo Martínez de Bujó, J. L. (2025). “El Centro y la revista fueron concebidos como otra de las empresas intelectuales orteguianas”. Entrevistado por Domingo Hernández Sánchez. *Revista de Estudios Orteguianos*, (50), 7-16.

<https://doi.org/10.63487/reo.144>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 50. 2025
mayo-octubre

del año 2000. Luego vendrían otras monografías fundamentales, como Para leer a Ortega (2002), y otros Proyectos de Investigación, como El humanismo de Ortega y Gasset y las nuevas tecnologías (2004-2006) o Arte y literatura en Ortega y Gasset, con especial referencia a los escritos y materiales inéditos (2005-2008), pero, en su conjunto, las características que definen la investigación de Molinuevo en esos años y que conducen hasta su toma de posesión como director del Centro de Estudios Orteguianos podían desprenderse de lo ya hecho: se trataba de alguien que conocía muy bien el Archivo y la Biblioteca de Ortega, que había definido un modo de edición muy detallado y riguroso, que estaba familiarizado con los estudios orteguianos y que tenía una línea de pensamiento propia y con firme personalidad. Todo ello lo convertía, sin duda, en una persona mucho más que adecuada para iniciar el nuevo proyecto.

— Veinticinco años desde la creación del Centro de Estudios Orteguianos, José Luis, y cincuenta números de la Revista de Estudios Orteguianos. En tu caso, y aunque todo se hubiera iniciado mucho antes, fueron cuatro años, de 1997 a 2001, pero las consecuencias han sido inmenas. ¿Cómo se inició todo aquello?

— Quizá lo primero, y también lo más justo, sea recordar a las personas que lo hicieron posible. De hecho, como tal institución, el *Centro de Estudios Orteguianos* fue una iniciativa de Soledad Ortega, hija del filósofo; de Emilio Lamo de Espinosa, director del Instituto Universitario Ortega y Gasset en aquel momento, y de Francisco Prados de la Escosura, director general de la Fundación Ortega y Gasset durante esos años, quien ya le concede este nombre definitivo en el año 2000 y lo adscribe a la Fundación. Ahora bien, había antecedentes muy claros que permiten entender mejor tanto su estructura como sus cometidos.

— ¿A qué te refieres? Me imagino que estás pensando en el año 1983 y en todo lo que supuso el centenario del nacimiento de Ortega.

— Exacto. Y en este caso son importantes los datos, de nuevo con nombres y palabras concretos. He consultado la hemeroteca, así que puedo hacerlo incluso con citas. De hecho, con el título “Un centro para la investigación orteguiana”, el diario *El País* anuncia el 10 de mayo de 1983 la inauguración del “Centro Ortega y Gasset”, que “será a partir de ahora un lugar de referencia obligada para todo lo que signifique el estudio y la investigación sobre la obra orteguiana”. Ubicado en la antigua Residencia de “chicas estudiantes” (*sic*), albergaría la Biblioteca del filósofo, su Archivo, la *Revista de Occidente* y “funcionará como un lugar destinado a estudios avanzados en ciencias sociales y humanidades”. Ha quedado el testimonio gráfico de la fotografía del 9 de mayo de 1983: doña Soledad Ortega sentada al pie de las escaleras de la Fundación, entre Felipe González, Javier Solana, José María Maravall y Javier Gómez Navarro. Pero junto a esa inauguración hay que destacar otros tres elementos de relevancia. El primero sería la inauguración por el rey Juan Carlos de la magnífica exposición *Ortega y su tiempo*, que, comisariada con gran acierto por Juan Pablo Fusi,

situaba a Ortega verdaderamente a la altura de su tiempo. Destacaba, por cierto, ahora que estamos en el centenario de *La deshumanización del arte e Ideas sobre la novela*, la Sala VII, titulada “Deshumanización del arte”, que incluía un número considerable de cuadros y documentos.

—*¿Y los otros dos?*

—La enorme repercusión mediática del centenario, de un modo especial en la prensa, claro, y la presentación de las *Obras completas*. Hay que tener en cuenta que la celebración tuvo un carácter institucional, por supuesto, en el sentido de poner en marcha una institución, pero también ha de entenderse en clave ideológica, porque se quiso ver en Ortega el elemento de enlace con la “nueva política” de la Transición. O, dicho de otra manera: interesaba poner también a Ortega a la altura de nuestro tiempo. Recuerdo perfectamente cómo en los numerosos artículos de prensa coincidían los viejos orteguianos, reales o sobrevividos, con las nuevas generaciones. Esto era muy importante: no olvides que el mismo Ortega había entendido el *cainismo* y la falta de alternancias generacionales como uno de los males españoles. Y ya no se trataba simplemente de testimonios de “orteguianos”, sino de quienes se preguntaban lo que con acierto titulaba Javier Muguerza “Lo que debo a Ortega”, indicando así que al reconocer una deuda no se debía incurrir en la vanidad de querer administrar su legado. O, como diría en un memorable programa doble sobre Ortega y Gasset conducido por Sánchez Dragó, no se trataba de ser “funcionarios” de Ortega. Un ejemplo de lo que podía ser un acercamiento de Ortega a un público más amplio fue el extenso artículo periodístico que, con abundante material fotográfico, publicó Rosa Montero en *El País*. Se tituló “Náufrago hasta el fin”, y podría entenderse como una estupenda introducción, y muy bien escrita, a una posible biografía de Ortega. Además, en ese mismo año apareció *José Ortega y Gasset: imágenes de una vida (1883-1955)*, el magnífico álbum que hizo Soledad Ortega sobre su padre, indispensable para conocer su vida y su obra.

—Imágenes de una vida *casi podría considerarse el volumen gráfico, el último volumen de las Obras. Decías que su presentación, la de las Obras, sería el tercer precedente fundamental.*

—Sin duda. A la inauguración del *Centro*, la exposición y los numerosos artículos de prensa, hay que añadir la presentación de la edición de *Obras completas* en Alianza Editorial / Revista de Occidente: la edición de 1983 en doce volúmenes, “la roja”. Fue muy importante la presentación por parte del vicepresidente Alfonso Guerra y, en particular, la de Javier Solana, en la Fundación del Banco Exterior de España en abril de 1983. Destacó Solana el liberalismo de Ortega y, de nuevo acudiendo a la hemeroteca, insistió en que “fue la ilusión de Ortega y la tarea a la que nos impulsa desde las páginas que hoy se editan de nuevo: la de construir un estado fuerte y eficaz, al servicio de la educación y la cultura”. Sobre las *Obras* de 1983, además, es de justicia reconocer la tarea de edición que llevó a cabo Paulino Garagorri, y en condiciones no siempre

fáciles. Quizá no sea exagerado recomendar como de obligada consulta la amplia entrevista que le hace *El País* en noviembre de 1977, cuando, a la pregunta sobre la vigencia del pensamiento de Ortega, responde con esta frase magnífica: "Pero si alzamos la mira por encima de la era de Suárez y miramos al futuro, y si el cultivo de la filosofía se establece en España, cosa no imposible, pero más bien improbable, pues hasta la fecha nunca se ha logrado ese futuro, si consiste en algo más que hacer oposiciones y hacer que se habla de lo que pasa fuera de España (de *importaciones*, como oportunamente observa Aranguren), pasará por Ortega".

—*Desde estos antecedentes, entonces, es como habría que entender el proyecto inicial, o, por lo menos, las intenciones que dirigieron su creación.*

—Sí. Es aquella triple dirección a la que más tarde se encaminaría el *Centro de Estudios Orteguianos* y que, si recuerdas, casi llegamos a aprendernos de memoria: 1) Recuperar y difundir el legado intelectual de José Ortega y Gasset como clásico del pensamiento español; 2) Crear un lugar de encuentro y referencia internacional para el investigador y estudiioso de la obra de Ortega; 3) Renovar y proyectar hacia nuestro tiempo el pensamiento orteguiano. Los mismos principios que hoy lo siguen rigiendo. Si te fijas, se desprenden casi literalmente de los antecedentes que comentaba, y es que, en cierta manera, el *Centro* y la *Revista* fueron concebidos como otra de las empresas intelectuales orteguianas.

—*En todo ello, además, el papel de la familia y, muy especialmente, el de Soledad Ortega, es fundamental. En ese punto tu propia historia se inmiscuye con la suya. Hablábamos de acontecimientos de 1983 como precedentes, tú publicas El idealismo de Ortega en 1984...*

—En cierto modo, ese es el recorrido, sí. Lo que ahora conocemos como *Centro de Estudios Orteguianos* tuvo en su origen otras denominaciones —*Programa de Estudios Orteguianos*, *Departamento de Estudios Orteguianos*...— luego volveremos sobre ellas—, pero siempre ha mantenido similares cometidos y objetivos. Fue el resultado de una tarea colectiva, pero para mí el papel de la familia del filósofo fue fundamental. En 1984 me acerco a la Fundación llevando el libro que comentas, *El idealismo de Ortega*, un libro inmaduro que acababa de publicar. Me recibió Soledad Ortega y, entre otras cosas, hablamos de cómo Ortega era considerado clásico, sí, pero que no se le trataba como tal. En otros países ya habría una edición crítica de sus obras, me dijo, para, a continuación, exponerme su intención de promover lo que ella denominaba la edición de unas *Obras completísimas*. Si hubiera que concretar en un solo momento el inicio de todo el proyecto, quizás ese fuera uno de los más importantes. Sin embargo, antes había que preparar los materiales que pudieran hacerlo posible.

—*Te refieres al Archivo, claro.*

—Desde luego. Para poder llevar a buen puerto ese proyecto de las *Obras completísimas*, primero era necesario realizar un inventario del Archivo, ese Archivo que ella ya había ordenado previamente y que, sin duda, no existiría

sin la concienzuda y minuciosa labor que había venido llevando a cabo desde hacía años. Doña Soledad distinguía claramente entre lo que eran las *Obras* de su padre y lo que ella denominaba *Papeles de trabajo*, un material de diversa índole que rodeaba a las obras publicadas. Entre esos materiales destacaban las *Notas de trabajo*, muy numerosas –en torno a 30.000. El criterio de doña Soledad, expuesto ya en textos publicados en los números de mayo de 1987 y mayo de 1992 de *Revista de Occidente*, insistía en que *Obras* y *Papeles de trabajo* no debían mezclarse, precisamente para evitar malentendidos, y es que, aunque los *Papeles* resultasen fundamentales para entender la génesis del pensamiento de Ortega, no habían sido, sin embargo, incluidos por este en las obras publicadas. Recuerda, por ejemplo, que el método de trabajo de Ortega, su relación con las *Notas de trabajo* y el posterior proceso de escritura, ya lo había contado doña Soledad más de una vez. La publicación ocasional de algunas *Notas de trabajo*, decía ella, solo tenía sentido como “adelantos en esa denodada gesta de la publicación completa”. Este es el contexto en el que aparecieron algunas *Notas de trabajo* en los números de mayo de *Revista de Occidente*, los dedicados a Ortega, y en la recopilación que publiqué yo en 1995 con el título de *Notas de trabajo. Epílogo...*, en recuerdo del libro proyectado por su padre y dedicado a ella. Además, a la tarea lenta y fatigosa de inventario se añadiría posteriormente la de la digitalización del Archivo. No era fácil eso, aunque ahí poco tengo que decirte, ya que te tocó a ti coordinar la tarea.

—*Uf... yo de eso recuerdo sobre todo la inacabable corrección de los datos y, sobre todo, el sudor frío que me recorría cada vez que la empresa encargada de hacerlo escaneaba los manuscritos en aquellas máquinas infernales de finales de los noventa. Para mí aquellos documentos eran reliquias y para ellos material de trabajo: no los veíamos del mismo modo y no nos entendíamos muy bien... Pero, sea como sea, lo que está claro es que las tareas, las labores que iban mostrándose como ineludibles, cada vez eran mayores.*

—De hecho, y me refiero a unos años antes de lo que mencionas, eso fue lo que en cierta manera causó la institucionalización, si puede decirse así, de todo el proyecto. El volumen que iba adquiriendo el trabajo, fruto del empeño de la familia y de investigadores particulares, llevó al director del Instituto Ortega y Gasset, Emilio Lamo de Espinosa, a proponer la creación de un *Programa de Estudios Orteguianos*. El 6 de mayo de 1997, lo recuerdo bien, junto a mi nombramiento como director, ya apuntaba la necesidad de crear el Programa, “pues lo cierto es que –decía–, aun cuando la Fundación y el Instituto llevan su nombre, no es demasiado lo que se ha hecho hasta el momento en ese terreno”. Las cuatro líneas de actuación que proponía eran muy concretas: un foro de conferencias y debates; un curso de Doctorado sobre Ortega y el pensamiento contemporáneo; la creación de un comité para la evaluación de manuscritos recibidos sobre Ortega y para gestionar las solicitudes de investigadores que desearan acceder a los archivos; y “finalmente, por supuesto, el proyecto de edición de *Obras completas*”.

—¿Recuerdas alguna de aquellas primeras reuniones? Ya hacíamos *Actas*, estoy seguro, así que por algún lado deberían estar.

—Sí, las he utilizado ahora para confirmar los datos. En noviembre de 1998 tuvo lugar la primera reunión del Consejo del Departamento. Se detallaron las ayudas a la investigación, concretadas en tesis doctorales, y la gestión de las consultas recibidas mediante entrevistas y correspondencia; se propuso ampliar la difusión de la investigación transformando el *Boletín de estudios orteguianos* —al final ya convertido únicamente en el repertorio bibliográfico que hacía desde la Biblioteca alguien fundamental, importantísimo, en toda esta historia: Ascensión Uña, Asen— en una *Revista de Estudios Orteguianos*; y se evaluó la concesión de Proyectos de Investigación por parte del Ministerio para el estudio y edición de inéditos de Ortega y Gasset. También se trató algo fundamental, la docencia, donde había destacado el Seminario de la Fundación Ortega y Gasset —Argentina en diciembre de 1997, con propuesta de continuidad para los años próximos. En nuestro caso, sobresalía el Seminario de Estudios Orteguianos *Ortega y Gasset a la altura de nuestro tiempo*. Tuvo lugar la primera semana de marzo de 1998, en colaboración con la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense, y fue un verdadero éxito: se matricularon 105 estudiantes. Luego se hizo una propuesta de continuidad en marzo de 1999. Y también estaba la docencia para estudios predoctorales: el curso de Doctorado *Ortega y el pensamiento contemporáneo*, de marzo a junio de 1998, del que nació la propuesta de duplicar el número de créditos para las ediciones de 1999 y 2000. De hecho, a la vista de los resultados del curso, llegó a plantearse la posibilidad de realizar un Programa de Doctorado completo.

—Congresos, seminarios, cursos de doctorado... No es de extrañar que ir extendiendo y ampliando los objetivos. La transformación del Boletín en Revista es un ejemplo claro.

—Llegaban constantemente propuestas de publicación, sí. De hecho, la cantidad y calidad de trabajos de investigación sobre Ortega y Gasset que se recibían en la Fundación, y que, tanto por espacio como por la naturaleza de los textos, no tenían cabida en *Revista de Occidente*, aconsejaron la creación, ya de modo definitivo, de una *Revista de Estudios Orteguianos* que pudiera acogerlos. Debía ser una revista de carácter especializado y disponer de un triple objetivo muy explícito: la publicación de inéditos de Ortega —*Notas y Papeles de Interés Biográfico*, sobre todo— que pudiesen aumentar y completar el conocimiento de su obra; la publicación de trabajos de investigación sobre el pensamiento orteguiano, actualizados y rigurosos; y la conversión en un centro de recepción y difusión de noticias y novedades en el ámbito orteguiano, desde publicaciones recientes o actividades realizadas, hasta la información sobre tesis doctorales leídas. Esos objetivos no han cambiado desde entonces. El primer número se presentó en el Congreso Internacional de noviembre de 2000, *Arte, educación y sociedad en José Ortega y Gasset*, el del cartel pop de Ortega y el coche. Ahí ya

estaba el equipo del *Centro* formado y en los créditos de la *Revista*, al margen del Consejo Editorial y el Consejo Asesor, aparecíamos los cuatro que llevábamos meses preparando todo el asunto –la digitalización del archivo, la *Revista*, el congreso donde se presentaría...–: yo como director, Carmen Asenjo como gerente, tú como secretario e Iñaki Gabaráin como secretario técnico. Habría muchas cosas que contar, y seguro que te acuerdas tú más que yo –la maqueta de Vicente Serrano, la cubierta de Florencia Grassi, el tono del verde, el lugar del arquero junto al número...–, pero sigo pensando lo mismo que señalé en el Editorial que abría el primer número, aunque pudiera parecer demasiado ambicioso en aquel momento: que con el *Centro* y la *Revista de Estudios Orteguianos* se emprendía una “tercera navegación”, porque, al fondo de todo, claro, estaba la futura edición de *Obras completas*, o, mejor, *completísimas*. Lo que vino después ya lo conocemos y culminaría con la edición de *Obras* realizada por el equipo que dirigiría Javier Zamora.

—En la Salutación de Soledad Ortega que abría el primer número de la revista, en aquellas pocas líneas, estaba todo muy claro. Quizá mereciera la pena recordarlas ahora, un cuarto de siglo y cincuenta números después.

—Las tengo delante: “A lo largo de muchos años he ido reuniendo, conservando y aumentando el legado de mi padre en un Archivo cuya memoria está entrelazada con la mía y una Fundación que lo cobija. Veo con satisfacción que aquel proyecto mío de «Obras completísimas» se pone finalmente en marcha, y que los numerosos investigadores que hasta aquí se han acercado encuentran acomodo en esta *Revista de Estudios Orteguianos*, a la que como presidenta fundadora de la *Fundación José Ortega y Gasset* doy la bienvenida y deseo feliz andadura”. Estas palabras de Soledad Ortega Spottorno, en el fondo, definían todo el proyecto. Las *Obras completísimas* eran el objetivo principal en aquel momento.

—No fue fácil poner en marcha todo lo relativo a las *Obras*. Tenía claro que un equipo de especialistas consagrados debería apoyar y sostener el proyecto desde el principio, pero tanto las características de la edición que se quería llevar a cabo, como las dificultades, ya por entonces, para mantener equipos de trabajo, no pusieron las cosas fáciles.

—Es que se trataba de comenzar algo nuevo, un modelo distinto de trabajo, como era la labor colaborativa en los procesos de edición. Creo que la historia es conocida, pero conviene recordar los datos y los nombres. Cuando finalizó el largo proceso de digitalización, se envió una pequeña encuesta a expertos con el fin de definir el equipo y las impresiones iniciales, para, a continuación, tener una reunión técnica la primera semana de febrero de 2000, los días 3 y 4, ya en la sede de la *Fundación José Ortega y Gasset*. Fue en la Biblioteca y tenía un objetivo sencillo en su definición: iniciar los trabajos que conducirían a una nueva edición de las *Obras completas* de José Ortega y Gasset. Los expertos asistentes –que, a la vez, se convertirían en el primer Consejo Asesor de la *Revista de Estudios Orteguianos*– fueron: Marta Campomar, Helio Carpintero, José Lasaga, Thomas Mermall, Juan Manuel Navarro Cordón, Nelson Orringer,

José Antonio Pascual, Ramón Rodríguez, Javier San Martín, Ignacio Sánchez Cámara y Luis Gabriel Stheeman. Por el *Centro de Estudios Orteguianos* estábamos director, coordinador y gerente, es decir, José Luis Molinuevo, Domingo Hernández y Carmen Asenjo. Como representante del Patronato de la Fundación asistió Fernando Rodríguez Lafuente. Recuerdo que el acto comenzó con una recepción a la que asistieron el vicepresidente de la Fundación, José Varela Ortega, y los miembros de la Comisión de Estudios Orteguianos de la Fundación: Juan Pablo Fusi, Andrés Ortega Klein, Emilio Lamo de Espinosa, Francisco Prados de la Escosura y Fernando Rodríguez Lafuente. Ya en la reunión de trabajo tuvo lugar, primero, una exposición del estado actual de los estudios orteguianos y de sus planes de futuro; a continuación, se explicó la situación de los fondos del Archivo y luego pasamos a aquella demostración que hiciste tú sobre las posibilidades que ofrecía la aplicación informática que gestionaba los documentos digitalizados.

—Lo recuerdo perfectamente. Yo estaba nerviosísimo: creí que era la primera vez que utilizábamos un portátil y un proyector para mostrar la aplicación que llevábamos meses corrigiendo. Si te digo la verdad, después de corregirla y revisarla tantas veces, nunca estuve seguro de que saliera bien aquel día. Pero, sí, salió bien. La sesión de tarde ya estuvo mucho más centrada en las Obras completas como tales. Visto lo sucedido desde entonces y, sobre todo, disponible desde hace algunos años la edición de Taurus / Fundación José Ortega y Gasset, incluida su versión digital, resulta mucho más llamativo e interesante lo que allí se habló.

—Bueno, no dejaba de ser un proyecto, o mejor, la puesta en marcha de un proyecto, y los proyectos tienen que ser lo más ambiciosos que se pueda, que luego ya la realidad pondrá las cosas en su sitio. Lo importante era comenzar. De hecho, esa sesión de tarde que mencionas estuvo dedicada exclusivamente a examinar las ediciones de *Obras completas* existentes y las experiencias editoriales ya realizadas o en proyecto. Fue en la mañana del día 4 cuando se intentaron tomar acuerdos pormenorizados sobre criterios y posibilidades de edición. La propuesta inicial consistió en realizar dos tipos de edición de *Obras completas*: una edición en papel para un público lector y una edición crítica en soporte digital para el público especializado. La primera fijaría definitivamente el texto de las obras de Ortega, reordenaría la edición de los textos existentes e incorporaría todos aquellos escritos no recogidos en las ediciones disponibles por entonces, distinguiendo siempre entre lo publicado en vida de Ortega y los póstumos. La edición crítica, por su parte, constaría de cuatro secciones –Obras, Epistolario, Notas de Trabajo, Varios–, estaría provista de un detallado aparato de notas e incluiría índices analíticos, temáticos y onomásticos. La primera edición, la versión en papel, podría realizarse en no demasiados años y, en todo caso, tendría un final cerrado; la edición crítica se demoraría mucho más, pero quedaría permanentemente abierta a las aportaciones de los investigadores. Era un proyecto muy ambicioso, quizás irrealizable entonces, pero,

desde luego, a la altura de los tiempos: abierto, colaborativo y en constante modificación. ¡Ah!, todo ello sería posible por el generoso patrocinio del Banco Santander Central Hispano, con el que se habían establecido ya los contactos y firmado el protocolo. Y, por cierto, hubo otras dos recomendaciones que surgieron en aquellas reuniones: comenzar la edición de una biografía de Ortega, minuciosa y especializada, que fuese compatible con otra de carácter más histórico y narrativo; y realizar un documental o, en general, algún trabajo en vídeo, dedicado a la figura y la obra de Ortega.

—*Tanto en los tipos de edición que se quería para las Obras, como en estas recomendaciones últimas que mencionabas, incluso en lo que se buscaba con la Revista de Estudios Orteguianos y las funciones del Centro, siempre tuviste claro que había que tratar de unir una dirección más académica y especializada, con otra más social y “generalista”. Ortega lo permite, casi diría que lo exige y que es lo que lo hace verdaderamente interesante, pero no es fácil moverse en, o entre, ambos territorios.*

—Es que Ortega da poco el perfil académico tradicional. Lejos de mantener una endogamia a ultranza, había recomendado que se cerraran algunas de las pocas Universidades que había en España. A la altura de 1930, por ejemplo, no se hacía muchas ilusiones: “Y yo, claro está, no puedo negar que tengo algo de profesor universitario; pero reconocerá *El Sol* que se me ha notado muy poco”. Da la impresión de que la Universidad le ha pagado con la misma moneda. Se ha dicho que, con notables excepciones, Ortega no ha entrado en la Universidad. La causa es que, como se quejaba amargamente de sus discípulos, “distraídos por mis imágenes han resbalado sobre mis pensamientos”. Por ello entendí como urgente la colaboración del *Centro de Estudios Orteguianos* con la Universidad, sobre todo para incrementar su presencia, y también con el Ministerio, para la formación del profesorado de Enseñanza Secundaria. Con ambos se llegaron a acuerdos que cristalizaron, entre otras actividades, en el Congreso Internacional *Arte, educación y sociedad en José Ortega y Gasset*, realizado a mediados de noviembre de 2000. Tuvo una amplia repercusión, tanto académica como mediática, y su objetivo, observado desde el tiempo actual, creo que en parte se consiguió y en parte queda para el futuro más cercano. No olvides que se trataba no solo de pensar sobre Ortega –investigación, edición, docencia–, sino con Ortega, es decir, continuar con sus “empresas”, foros de debate, página web, realización de vídeos y documentales... Dicho quizás más osadamente: no utilizar a Ortega como un “comodín de citas” –criticaba Antonio Rodríguez Huéscar–, sino como un pensador incómodo.

—*Estupendas palabras para terminar la entrevista, porque, después del congreso, ya no permaneciste mucho más tiempo.*

—No. Es que eran demasiadas cosas. Con motivo de la Capitalidad Europea de la Cultura que en 2002 ocupó Salamanca, el Rector de mi Universidad me nombró coordinador general para los actos que desde la institución se llevaron a cabo. Fue una programación exigente y repleta de todo tipo de actividades.

Esto, unido al aumento de mis obligaciones académicas y la distancia geográfica, me impedía atender como se debía las cada vez mayores exigencias del *Centro de Estudios Orteguianos*. Era algo normal: había crecido mucho en muy poco tiempo y yo ya no podía concederle el tiempo y trabajo que requería. Por todo ello, el 26 de julio de 2001 presenté mi renuncia a la dirección del *Centro* ante el presidente de la Fundación, agradeciendo el apoyo recibido durante todos aquellos años.